

ADRIÁN N. BRAVI

EL ÁRBOL Y LA VACA

Traducción de Luciano Padilla López



Bravi, Adrián N.

El árbol y la vaca / Adrián N. Bravi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2017.

160 p. 22,5 x 14 cm.

Traducción de: Luciano Padilla López.

ISBN 978-987-628-447-9

I. Narrativa Argentina. I. Padilla López, Luciano, trad.

II. Título.

CDD A863

Título original: *L'albero e la vacca*

Diseño de cubierta: Juan Balaguer

Primera edición: julio de 2017

© Adrián N. Bravi, 2013

© Nottetempo SRL, 2013

© de la traducción Luciano Padilla, 2017

© de la presente edición Edhasa, 2017

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-447-9

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Tinta PHI S.A.

Impreso en Argentina

Esta edición de 2.000 ejemplares de *El árbol y la vaca*, de Adrián N. Bravi, se terminó de imprimir en Tinta PHI S.A., Av. San Martín 1275, Ramos Mejía, el día 30 de junio de 2017

Pero de cuando en cuando se asoma un vidente
que explica a los demás que nada es cierto.
J. R. WILCOCK

Primera parte

En el parque de Recanati, al fondo, pasando los juegos, entre la Casa del Mutilado de Guerra y el tobogán, todavía hay un tejo venenoso, que para mí siempre fue un árbol familiar: una suerte de hermano mayor, podría decir hoy, después de tanto tiempo sin verlo. Bajo el árbol también hay un banco de hierro, siempre vacío. No por miedo de la resina volátil que emana el tejo, resina muy mortífera, como sostenía Plutarco, o porque en ese punto la sombra sea más densa que debajo de otros árboles, donde también hay bancos; como fuese, allí no se sentaba nadie. A no ser mi padre, cuando me llevaba a jugar al parque y leía el diario sin pensar en el veneno, y yo tomaba impulso en la hamaca o me lanzaba por el tobogán. Lo que más me llamaba la atención de ese lugar era, precisamente, ese enorme tejo venenoso, solemne como un edificio antiguo, que se elevaba sobre la cabeza de mi padre sentado en el banco (todo me parecía grande en ese parque: el tobogán, la fuente con peces rojos, el busto de Beniamino Gigli a la entrada; también mi padre me

parecía un hombre alto, aunque no pasaba el metro setenta y cinco).

A propósito de este árbol, que Linneo clasificó con el nombre *Taxus baccata*, los antiguos escribieron varias cosas; por ejemplo, en las *Cuestiones convivales*, Plutarco (retomando este dato, según parece, de Pedanio Dioscórides, un médico de cultura griega que vivió en tiempos de Nerón, quien a su vez parece que lo tomó de Sextio Nigro, un pitagórico que en cambio vivió en tiempos de Augusto) cuenta que la sombra del tejo, ese que algunos llaman “árbol de la muerte” o “mortífero” si no, como le dicen los sicilianos, “árbol venenoso”, mata a los hombres que se duermen a su sombra, especialmente cuando está en plena floración. En tiempos pasados se recuerdan caballos que murieron por ingerir sus hojas o enloquecieron de pronto: en raptos de furia se lanzaron cuesta abajo con su jinete en la grupa (por esto en la región del Véneto lo llaman *mazzacavàl*: matcaballos). En cambio, las aves parecen menos golosas frente a las bayas, que son rojas y tienen un arilo carnoso, envoltura que protege la semilla. Comen la pulpa, que por otra parte digieren más que bien; en cambio, la semilla (que es muy venenosa e incluso mata a los animales de gran porte) no entra en su proceso digestivo y se expulsa allí mismo. De hecho, el tejo venenoso se vale de los pájaros para reproducirse y es una de esas plantas que se conocen como zoófilas.

Con árboles de este tipo se suicidaron muchas personas. Por ejemplo Catuvolco, rey de los eburones

(más o menos literalmente, “hombres del tejo”), que se había rebelado contra los romanos y, según cuenta Julio César, más tarde, ya incapaz de afrontar nuevos combates, también porque los años habían hecho lo suyo, había ido debajo de un tejo venenoso, juntado unas bayas y hojas y se había malogrado. Suor Angelica, en la ópera homónima de Puccini, muere casi del mismo modo que Catuvolco y al final se encuentra con su hijo muerto, que la llama desde el cielo, para que suba: “*Mamma, vieni su in paradiso*”. En cambio, Plinio, en su *Historia natural*, sostiene que, si alguien inserta un clavo de bronce en el tronco de un tejo venenoso, el árbol pierde toda su virtud tóxica, y por ende no hay riesgo de muerte si, como relataba Plutarco, uno se duerme bajo su fronda o come sus semillas.

Yo tenía casi veneración por ese árbol del parque: para mí ningún otro árbol fue tan vital. Me daba la sensación de estar en tratos con algo majestuoso e inofensivo a la vez. En definitiva, para mi mente de niño habría resultado difícil comprender por qué, por ejemplo, en su momento Ovidio –aunque en esa época no supiese que alguien de ese nombre había existido– contaba que árboles como ese, siempre asociado a las tinieblas, daban sombra al camino que lleva al infierno. O por qué una de las cosas que las brujas de *Macbeth* mezclaban en su gran caldero bullente eran ramitas de tejo cortadas durante el eclipse lunar, más un entrevero asqueroso cuya base eran sapos, serpientes, ojos de

lagartija, pelos de murciélago, alas de lechuza, y hasta un dedo de un recién nacido, estrangulado, parido en una fosa por una ramera. También en *Hamlet* hay algo por el estilo, cuando el espectro del rey cuenta a su hijo que quien lo mató fue su hermano Claudio: un jugo de tejo que alguien derramó en su oído mientras él dormía (todavía no consigo entender cómo se hace para matar a alguien de esa manera; pero si Shakespeare lo dijo, no soy quién para poner reparos).

Durante mi infancia, yo no conocía estas historias a propósito del tejo, e incluso ahora que lo pienso me cuesta asociarlas a ese árbol en especial. Tengo la impresión de que si Catuvolco hubiese comido a la vez bayas, semillas y hojas o, por si fuese poco, tragado una rama entera de mi tejo, ese que —decía antes— está entre la Casa del Mutilado de Guerra y el tobogán, a lo sumo habría tenido una indigestión o visiones extrañas, como me pasaba a mí cuando comía las bayas (pero de esto voy a hablar más adelante). Por supuesto, no habría muerto envenenado, a menos que allá, en tierra de eburones, hubiese tejos realmente asesinos.

Me acuerdo de que, para treparme al tejo del parque, primero tenía que subirme al respaldo del banco, agarrar con las dos manos la rama más baja y después levantar la pierna izquierda para encontrar un punto de apoyo. No era difícil; más bien, lo contrario: no me llevaba mucho tiempo alcanzar la copa y, de rama en rama, recorrer toda la fronda. No subía para

buscar algo en especial, sino por el gusto de superar la bifurcación y llegar lo más alto posible, encontrar un lugar entre dos ramas para hacer un alto y mirar el parque. Desde ahí arriba todo se veía de otro modo. Desde abajo, sin despegar la mirada del diario, mi padre me decía cada tanto: “Adamo, cuidado, no te caigas”; pero si en ese momento yo ya hubiera estado en el suelo, él ni siquiera se habría dado cuenta.

Siempre se daba cuenta de las cosas tarde, y siempre lo admiré por ese detalle. Una vez, estábamos solos en casa él y yo; mamá había ido unos días a ver a mis abuelos, que vivían lejos y siempre andaban mal, incluso cuando andaban bien y no tenían problemas, y de pronto llegaron las hormigas (en casa siempre tuvimos que luchar contra las hormigas, todavía hoy no consigo entender de dónde venían, dado que vivíamos en un cuarto piso). Primero había aparecido solo un grupito de diez o veinte, quizá: uno nunca puede contar muy bien en esos casos. Cinco minutos después, había llegado un batallón entero que se desparramaba sin rumbo fijo, por el lavatorio, por las hornallas; algunas hormigas habían plantado bandera en la heladera y formaban arabescos en la puerta; era un sinfín de hormigas perdidas en el desierto, que iban a tontas y a locas, como alteradas o drogadas. Yo las observaba con curiosidad, un poco hipnotizado, como cuando uno mira incansablemente las olas del mar. Vaya uno a saber con qué esperanzas habían llegado hasta tan arriba, hasta el cuarto piso. Si bien yo

tenía poco espíritu científico, me gustaba imaginar cómo podía estar formada una sociedad de hormigas. Seguramente dentro del hormiguero ellas tenían castas bien definidas, y las exploradoras pertenecían a alguna. Pero las que estaban en nuestra cocina no parecían comandadas por ninguna que digamos, o siquiera obedecer a una orden. Hasta chocaban unas contra las otras, como si hubiesen perdido la orientación. Cuando pensé que había llegado el momento de intervenir, llamé a mi padre y le dije: “Papá, hay hormigas en la cocina. Ahí las ves”.

Él se acercó (tardó un rato), las miró un poco, después me acarició la cabeza y salió, sonriente. Qué le pasaba para sonreírse siguió siendo un misterio; tal vez él no había entendido, o tal vez le parecía normal que hubiese hormigas en casa. Yo me quedé mirándolas, si para él estaba bien, lo mismo para mí (las hormigas no me molestaban para nada; peor habría sido tener cucarachas, o ratas). Pero después volvió mi madre; la saludé y fui a mi habitación, porque yo sabía que no le gustaban las hormigas y que tampoco le caía bien que yo estuviese mirándolas sin hacer nada. De hecho, cuando entró a la cocina y vio esa aglomeración, empezó a dar alaridos histéricos; parecía que la estuviesen descuartizando. Entonces, mi padre fue a la cocina y se le acercó con su paso suave, para preguntarle: “¿Qué está pasando, Enrichetta?”.

No sé si fue el uso del gerundio o el hecho de que mi padre no había llegado a la carrera, y al primer chillido.

Pero lo cierto es que mi madre, en vez de desquitarse con las hormigas, empezó a decir que nunca había conocido, y seguramente no podía existir en la faz de la Tierra, un hombre más imbécil que él; que ella no conseguía explicarse cómo había podido casarse con semejante idiota (se ocupaba muy particularmente de resaltar la idiotez en que había caído mi padre, e incluso con frases que daban giros muy extraños intentaba presentar las variantes y la familia de esa palabra). Mi padre no decía nada: recibía los insultos y eso era todo. Después se acercó al lavatorio y, sin prestar atención a los insultos que seguía dedicándole mi madre, dijo: “¡Eh, cuántas hormigas!”.

Llegado a este punto, tengo que agregar que mi padre era un hombre que hablaba muy poco; si hasta su madre lo decía siempre (“Luciano habla lo justo y necesario”). Pese al silencio, siempre había una palabra que sacaba de quicio a mi madre, por ejemplo, ese “eh”; si no, era un gesto. Y precisamente ese día, me acuerdo de que él dijo esa frase y ella no tardó en acorralarlo: “¡¿Eh?! ¿Eh, dijiste?”.

“Bue”, contestó él, “hay que echarlas. Eso quería decir”.

“¡Entonces quiero verte ocupado en eso, en vez de plantado ahí como un imbécil!”

Por desgracia mi padre no tenía el temple para reaccionar a tiempo, eso era algo que tampoco le salía. En cambio, después de un rato abrió la canilla y empezó a quitar las hormigas del lavatorio con agua.